

## TIEMPO DE APOCALIPSIS

Hablar del libro del Apocalipsis quiere decir entrar en contacto con uno de los textos más sugestivos del Nuevo Testamento, pero a la misma vez, uno de los más complejos tanto a nivel literario como por lo que se refiere a su contenido. Pese a la fascinación que suscita la obra, prevalece aun un fuerte recelo en relación a su mensaje, porque a menudo éste resulta malinterpretado quedando reducido a un anuncio sobre el final de los tiempos, ese momento solemne cuando tendrá lugar el juicio de Dios, acompañado por grandes cataclismos cósmicos y catástrofes mundiales. Además, entre los escritos del Nuevo Testamento, el Apocalipsis sigue siendo uno de los menos conocidos, porque a causa de su complejidad, está prácticamente ausente de la vida cotidiana de la comunidad cristiana.

Por esto, la expresión «tiempo de Apocalipsis» se presta a equívocos, desde el momento en que en el lenguaje común se ha convertido en sinónimo de «catástrofe», o bien identifica el libro del Apocalipsis como una colección de profecías en las que se concentran predicciones acerca de terribles acontecimientos que van a acontecer y que inevitablemente conducirán al ocaso de este mundo con toda su historia.

### *La cuestión de la apocalíptica*

El caso es que los términos *apocalipsis* / *apocalíptico*, palabras usadas con frecuencia en el lenguaje actual, reciben muchas veces connotaciones ajenas a su significado originario, que no es otro que es el de revelación (del griego *apokaliptô* = quitar el velo). El texto del Apocalipsis respeta en parte las características de una corriente literaria (la llamada *apocalíptica*), que se desarrolla en el seno del judaísmo a partir del siglo II a.C. como literatura de consolación, pero asimismo de protesta y rebeldía, a fin de fortalecer las creencias de los fieles y sostener las expectativas de cuantos aguardaban la intervención liberadora de Dios. Se trata de una corriente literaria alternativa y de carácter sectario, situada al margen de los círculos oficiales, cuyo objeto de interés es toda aquella parte del plan divino que había permanecido oculto. Se caracteriza por el *pesimismo* hacia el mundo y por el *determinismo* sobre el desenlace de la historia, cuyos acontecimientos habían sido ya previstos en el plan divino. Todos estos factores comportan un fuerte *individualismo*, que induce a la tentación de volver la espalda a la realidad centrando la atención alrededor del interés personal, y produce como resultado una *ética pasiva* propensa a evadir toda responsabilidad en la espera de un mundo nuevo, reservado exclusivamente para los elegidos de Dios.

A diferencia de estos escritos, el Apocalipsis manifiesta, en cambio, un concepto positivo de la realidad humana, tanto que en la visión final que aparece en la obra ofrece la imagen estimulante de la misma, contemplando a tal fin un cielo nuevo y una tierra nueva (cfr. Ap 21,1) como realización plena del proyecto de la creación. El autor no se desentiende de la historia que se va desplegando en torno a él, antes bien, se interesa profundamente por todo cuanto sucede, presentando los hechos que la caracterizan en función de un «cielo» y de una «tierra» completamente transformados, en los que no queda rastro alguno de mal (cfr. Ap 12,8). El texto se distancia, por consiguiente, del esquema típico de la apocalíptica y propone, si bien conservando algunos de sus elementos más comunes<sup>1</sup>, una visión única y original de aquél estilo literario; el autor centra el objetivo en el mensaje a comunicar: la soberanía universal de Dios y la puesta en práctica de sus designios, para una plenitud de vida que se ofrece a todos los hombres.

Otro aspecto importante del Apocalipsis es que el mensaje que traslada no se reduce a un grupo particular (una secta), sino que va dirigido a todas las comunidades cristianas (las siete cartas a las iglesias indican el «universalismo»), y presenta una de las más fuertes denuncias contenidas en las Escrituras con relación a la concepción del poder y a su pretendido origen divino. Dado que los cristianos en general tenían la tentación de reconocer el orden impuesto por Roma<sup>2</sup>, el autor manifiesta su desacuerdo, y escribe su obra como un desafío dirigido a quienes pretenden anunciar el Evangelio mediante los instrumentos del poder, recordándoles que no se pueden mezclar los valores del Reino (puesta en común, igualdad, servicio) con los principios de los sistemas que rigen en el mundo (dinero, prestigio, poder), que son los que ofrece satanás. Todo aquél que lee o escucha las palabras del Apocalipsis no puede permanecer neutral: o se acepta la ideología del poder, sometiéndose a sus dinámicas de muerte, o se ofrece la propia adhesión a la propuesta de Dios, acogiendo la vitalidad de su amor.

### *Superar el equívoco*

La dificultad de lectura y comprensión del Apocalipsis se debe ante todo a la falta de conocimiento del contexto cultural en que escribió el autor y al lenguaje empleado a la hora de componer la obra. Hoy nadie cree ya que los astros representen a las divinidades, que truenos y rayos sean entidades enviadas del cielo para transmitir anuncios o castigos de parte de Dios, o bien que exista un reino de ultratumba. Por lo que se refiere al lenguaje, altamente simbólico, el mismo debe ser valorado conforme a las estrategias gramaticales

---

<sup>1</sup> Como, por ejemplo, la relectura de los libros de la Escritura; la intervención de figuras angélicas; el uso de los símbolos, especialmente la simbología aritmética; la división del relato en ciclos (septenarios); la dialéctica entre el bien y el mal; la derrota del Adversario, etc.

<sup>2</sup> Cfr. la referencia a dicha problemática en Rm 13,1; 1Tim 2,2; 6,1; Tit 3,1.

y lingüísticas empleadas por Juan. Otro aspecto que agudiza la dificultad de interpretación del texto es el desconocimiento de la fuente de la que bebe el autor a la hora de construir sus imágenes y visiones. En efecto, las visiones que aparecen diseminadas por doquier en la obra son interpretadas erróneamente como acontecimientos especiales en los que el autor ha participado como espectador, cuando en realidad no son sino el resultado de una reflexión atenta y profunda en torno a los textos del Antiguo Testamento.

El libro del Apocalipsis, a pesar de la complejidad de su estilo literario, resulta accesible a su lectura gracias a las indicaciones que el autor mismo ofrece. Ya en el título mismo de la obra, «*Revelación de Jesucristo*» (Ap 1,1), se hace alusión al origen del mensaje y a su autoridad, colocándolo en relación estrecha con el anuncio de la buena noticia del Reino de Dios; por tanto, todo aquello que Juan describe y presenta en su escrito debe ser considerado a la luz de dicho anuncio. En el prólogo de la obra se declara que todas las palabras escritas en ella son «*palabras de profecía*» (Ap 1,3), o sea, poseen un valor fundamental para la comunidad cristiana, ya que contienen una llamada radical a leer e interpretar los acontecimientos históricos desde la perspectiva divina. Estas palabras son objeto de la primera bienaventuranza que el autor dirige al lector y a sus interlocutores: «*Bienaventurado quien lee y dichosos quienes escuchan las palabras de esta profecía*» (Ap 1,3)<sup>3</sup>. Tratándose de un texto caracterizado por numerosas visiones, no deja de sorprender que esta bienaventuranza no se refiera al «*ver*», sino a la acción de «*leer / escuchar*». El acento, de hecho, se pone en la escucha<sup>4</sup>, actitud que caracteriza la fe del creyente y que hace ver que el mensaje del Apocalipsis no está destinado a la lectura privada sino comunitaria<sup>5</sup>.

Otra indicación útil para la comprensión del Apocalipsis viene dada por la terminología que emplea el autor; por ejemplo, para expresar la idea de *tiempo* él distingue entre un tiempo cronológico (del griego *chronos*), que caduca y se agota, y un tiempo cualitativo (del griego *kairòs*)<sup>6</sup>, que ofrece la ocasión propicia para actuar. Al *kairòs* hace referencia la primera bienaventuranza, desde el momento en que recuerda la inminencia de un tiempo idóneo para dar testimonio de Jesús y su evangelio, momento oportuno para actuar en sintonía con Dios, conforme a su proyecto de salvación. Desde

<sup>3</sup> La primera de las siete bienaventuranzas que jalonan la obra (Ap 1,3; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6; 22, 7.14).

<sup>4</sup> En la primera parte del libro se repite hasta en siete ocasiones la invitación a escuchar la voz del Espíritu (Ap 2,6.11.17.29; 3,6.13.22)

<sup>5</sup> Gracias al lenguaje simbólico empleado por el autor, el Apocalipsis aparece como un texto de carácter “dialógico” (cfr. G. BIGUZZI *Apocalipsis*, Milano 2005). El simbolismo de las imágenes está construido a base de una “estructura discontinua”, es decir, el autor coloca juntos en el mismo plano distintos elementos procedentes de la tradición bíblica, a fin de crear una imagen nueva con diferentes niveles de interpretación (cfr. Ap5,6). El uso de los símbolos tiene la finalidad literaria y teológica de crear un universo simbólico en el que el lector y los oyentes pueden sumergirse por completo, hasta el punto de verse influenciados por el mismo y de modificar su modo de percibir el mundo (cfr. U. VANNI, *L'Apocalisse*, Bologna 1988, pgs. 73-86)

<sup>6</sup> Kairòs era una divinidad menor del panteón griego representada por un infante con alas en los pies y con un mechón de pelos que caían sobre su occipital; este personaje simbolizaba las ocasiones propicias que se presentaban de improviso a los hombres y que estos no debían dejar escapar. Se trataba, pues de agarrar por los cabellos a ese niño antes que pasara de largo.

las primeras palabras de la obra, Juan se dirige a los lectores y oyentes para animarles a vivir este tiempo propicio, comprometiéndose en el presente a dar testimonio de los valores del Reino en una tensión continua hacia los «cielos nuevos y la tierra nueva» (Ap 21,1).

Por esto, más que de «*tiempo de Apocalipsis*» se debe hablar de «*Apocalipsis y plenitud del tiempo*». No se trata de vivir una época en la que se anuncian nuevas revelaciones, sino de captar el momento propicio para llevar a cabo una profunda reflexión en torno a la revelación de Jesucristo y sobre la puesta en práctica de cuanto contiene.

### *Apocalipsis y plenitud del tiempo*

El problema que se plantea con relación al Apocalipsis, una vez superados los malentendidos y equívocos que tergiversaban el sentido del texto, es cómo recuperar su mensaje en la vida de la iglesia, y cómo poner al día el valor de la profecía que el mismo transmite.

El testimonio de los creyentes se apoya en la llamada radical que lanza Juan a través de su escrito en favor del Reino de Dios y de su proclamación. A fin de guiar la lectura y comprensión del mensaje del Apocalipsis Juan coloca al inicio de cada una de las partes en que se divide la obra dos visiones fundamentales centradas en la persona de Jesucristo<sup>7</sup>: la primera corresponde a la visión del *Hijo del hombre*, que tiene que ver con el Cristo que vence a la muerte y se presenta como modelo de humanidad (cfr. Ap 1,12-20), y en la segunda encontramos la visión del *Cordero degollado*, en la que el símbolo del cordero indica un poder de vida que se manifiesta mediante el don de sí mismo (cfr. Ap 5,6-12).

Las visiones de Juan contribuyen a expandir el horizonte de sus lectores, colocándose en un ámbito en el que se siente la comunión con Dios y orientando la existencia hacia un futuro de plenitud que nunca conocerá su ocaso. Esto conlleva para los creyentes el compromiso concreto a colaborar en la transformación de lo creado; frente a la visión pagana del mundo, conforme a la cual los poderosos parecen regir los destinos de los hombres, se descubre un modo diferente de razonar, el del Espíritu, según el cual Dios es reconocido como el único señor de la historia y de todo lo creado.

#### *\*La visión de uno parecido a un «hijo de hombre»*

La primera visión del Apocalipsis tiene por objeto una manifestación de Cristo resucitado (Ap 1,10-18). Los atributos que sirven para identificar su

---

<sup>7</sup> Existen numerosas propuestas sobre la estructura literaria de la obra y sobre el modo de dividir sus distintas partes. U. VANNI, en su obra *La struttura letteraria dell'Apocalisse*, Roma 1971, establece la siguiente interpretación: Parte I: 1,4 – 3,22; Parte II: 4,1 – 22,5, esquema que a nuestro juicio resulta bastante satisfactorio.

persona expresan su condición divina, pero se le aplican en cuanto «hijo de hombre», o sea, el hombre que ha alcanzado su plenitud (cf. Dn 7,13). En esta visión es Jesús quien, resplandeciente con la misma gloria de Dios, declara en primera persona: «Soy yo, el Primero y el Último y el Viviente. Estaba muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos...» (Ap 1,17-18). La alusión a la muerte corrobora su humanidad y, simultáneamente, su victoria como «viviente» o «resucitado» confirma su divinidad. Aquello que en el Antiguo Testamento era prerrogativa exclusiva de Dios ahora es atribuido a la persona de Cristo, el cual ostenta las llaves del Hades, el reino de los muertos, como señal de su victoria plena sobre la muerte<sup>8</sup>.

Antes de describir la visión, el autor da indicaciones precisas que facilitan su comprensión: ella acontece el «día del Señor», cuando la comunidad se reúne para la eucaristía y celebra la victoria de Cristo sobre la muerte, y mientras Juan se encuentra en la isla de Patmos, exiliado a causa de su testimonio de la palabra de Jesús. Para poder contemplar todo aquello que el Espíritu pretende mostrarle, Juan ha de cambiar su punto de vista, su ángulo de visión, y por ese motivo repite en dos ocasiones «me di la vuelta» (Ap 1,12): esto quiere decir que no se puede contemplar lo que el Señor quiere manifestar si nos mantenemos inmutables en una postura fijada de antemano por la tradición. Es menester contemplar los acontecimientos de la historia desde una perspectiva distinta, no aquella de la que hacen propaganda los mecanismos del poder, sino aquella que sugiere el Espíritu, poniéndonos en sintonía con la mirada del Creador que «vio todo lo que había hecho y era bueno» (Gen 1,31).

Juan percibe ante todo una voz potente a sus espaldas, y la compara con el sonido de una trompeta; la imagen recuerda las teofanías de la tradición bíblica<sup>9</sup>, en las que la voz de Dios era imposible de reproducir y solo podía ser interpretada. Al mismo tiempo, el simbolismo de la trompeta recuerda la solemnidad y la dimensión cultural del mensaje a escuchar. Hablar a las espaldas expresa uno de los comportamientos características de la divinidad cuando se revela: su carácter imprevisible e inabarcable, su trascendencia infinita. Escucha y comprensión de la palabra están unidas: en el hombre Jesús resuena la misma voz de Dios. Juan presenta la figura del «hijo del hombre» en medio de «siete candelabros de oro», imagen de la Iglesia en su dimensión histórica (cfr. Ap 1,19), revestido de alta dignidad, que se reconoce por sus largas vestiduras (cf. Ex 28,2-4; Zac 3,1-4; Sap 18,20-24) y por su

---

<sup>8</sup> En el Antiguo Testamento la expresión «el Dios viviente» (Jer 10,10) hace referencia a Yahvé y a su capacidad de conferir vida a las criaturas. Idéntica fuente de vida está presente en Jesús, quien ofrece a los hombres los dones que de ella brotan (cfr. Ap. 2,7.10; 3,5; 7,17; 13,8; 20, 12.17; 21,6; 22,2.14.19). El título «el viviente» posee un sentido antagónico y polémico contra todas las falsas divinidades que quieren imponerse sobre los hombres con su fuerza y su dominio; de ellas hablará Juan como realidades del pasado, que «existieron pero ya no existen más» (Ap 17,8). La imagen de las llaves es muy original, mientras que en Rom 6,9 se dice que la muerte no tiene ya poder sobre Cristo, el autor del Apocalipsis le da la vuelta a la afirmación dándole un valor aun más incisivo: es Cristo quien tiene poder sobre la muerte y posee las llaves de su morada (cfr. Ap. 1,18).

<sup>9</sup> En el Monte Sinaí la manifestación de Dios había sido anunciada por un fortísimo tronar de trompetas (Ex 19, 16)

cinturón de oro, prerrogativa no solo de los sumos sacerdotes, sino igualmente de los reyes (cf. 1 Mac 10,89; 11,58).

A continuación son descritos los detalles fisonómicos del personaje, comenzando por la cabeza y los cabellos, cuyo color blanco, «como lana suave» (cf. Dn 7,9), hacen pensar en la dignidad, sabiduría y eternidad. Los rasgos sucesivos que caracterizan al «hijo del hombre» se refieren a los distintos aspectos mediante los cuales el hombre influye en el mundo que le rodea, y quieren demostrar una fuerza grandiosa: la mirada penetrante de Cristo («*los ojos como llamas de fuego*»), su solidez y fuerza indestructible («*sus pies, como el bronce fundido a fuego*»), el poder y la universalidad de su mensaje («*su voz, como rumor de aguas caudalosas*»), su relación vital con las iglesias («*las estrellas en su mano derecha*»), su palabra liberadora («*la espada aguda que sale de su boca*»), su condición divina («*el rostro como el sol que brilla en todo su resplandor*»).

### \* *La visión del Cordero*

La figura más representativa de Cristo en el Apocalipsis es el Cordero degollado (cfr. Ap 5,6.9.12; 13,8), a la luz de la cual es preciso leer e interpretar el contenido de la segunda parte de la obra<sup>10</sup>. Mediante esta figura Jesús es presentado como uno que ha recibido una muerte violenta, cuyos signos son evidentes (cfr. Jn 20,20), pero que él ha superado con el poder de su amor, restableciendo la comunión de Dios con todos los hombres. El Cordero es descrito de manera detallada, comenzando por el elemento principal, que es su anómala posición en pie. Este detalle atrae ante todo la atención de Juan y sirve para subrayar la resurrección de Cristo, como el acontecimiento que da inicio a la comunidad cristiana.

El autor del Apocalipsis retoma el argumento veterotestamentario del cordero sacrificado por pascua (Ex 12,1-14; cfr. Dt 7,8; 13,5) pero lo interpreta de forma original para describir el nuevo y definitivo éxodo puesto en marcha por Jesús<sup>11</sup>: el Cristo-Cordero representa el signo de liberación y de salvación para la humanidad entera (cfr. Jn 1,29).

El Cordero degollado, colocado en medio del trono de Dios (Ap 5), es identificado por el autor con el mismo Dios, y aparece asociado a su acción de

---

<sup>10</sup> El término *cordero* (griego *arnion*) referido a Cristo aparece 28 veces en el Apocalipsis, siete de las cuales en el seno de locuciones que lo relacionan directamente con Dios (Ap 5,13; 6,16; 7,10; 14,4; 21,22; 22,13). El cuatro es, después del siete, la cifra que se halla con mayor frecuencia y regularidad en el Apocalipsis. Junto al siete, considerado el número que indica la plenitud, el carácter completo, el cuatro representa el mundo con sus cuatro ángulos (cfr. Ap 7,1; 20,8) o cuatro partes (Ap 5,13; 14,7). El siete por cuatro hace alusión al ámbito universal de la victoria alcanzada por el Cordero, y corresponde a la estructura cuatripartita de las locuciones con las que Juan designa todas las naciones del mundo («pueblos, tribus, lenguas y naciones»).

<sup>11</sup> En Ap 15,2-4 los seguidores del Cordero, que dan la noticia de la victoria sobre la Bestia, son considerados el nuevo pueblo liberado. Están en pie sobre el mar de cristal y cantan el cántico del Cordero. Juan se sirve de las imágenes del nuevo éxodo para hacer ver que ya se ha cumplido dicho acontecimiento salvífico, si bien la meta aun deba ser alcanzada.

llevar a cabo el designio de salvación para la humanidad. *Aquél que se sienta sobre el trono* interviene y actúa en la historia en base al amor gratuito derramado por Cristo en la cruz. El simbolismo del trono divino está despojado de cualquier elemento que pueda recordar los tronos terrenos basados en el dominio y la violencia.

El carácter especial de este Cordero queda de manifiesto a través de dos signos distintivos: los *siete cuernos* y los *siete ojos*. En el mundo antiguo el cuerno es símbolo del poder que está preparado para entrar en acción; el ojo es el órgano de la comunicación (ver y saber) y, aplicado a Dios, se convierte en símbolo del Espíritu que, enviado a la tierra, ve y conoce todas las cosas. El Cordero tiene la plenitud del poder y de la mirada divina; su capacidad de incidir de forma vital en la historia está determinada por su modo único de percibirla y de manifestarle la compasión divina<sup>12</sup>.

Otro aspecto que ayuda a comprender esta visión es la contraposición entre lo que Juan oye (Ap 5,5) y lo que ve (Ap 5,6). De labios de uno de los ancianos oye que *«ha vencido el león de la tribu de Judá, el vástago de David»*. Se trata de títulos mesiánicos que evocan una imagen de un acentuado tinte nacionalista referida al Mesías triunfador y a su victoria sobre las naciones paganas<sup>13</sup>. Las dos expresiones «león» / «vástago (raíz)» se complementan recíprocamente, el Mesías había de surgir de la tribu de Judá y había de poseer un componente real y profético; él es presentado como «aquél que ha vencido», aludiendo al cumplimiento de la promesa de Gen 49,10, pero, sobre todo, a la victoria pascual de Cristo.

La imagen del «león» no coincide, no obstante, con lo que ve Juan con sus propios ojos: *«un cordero en pie como degollado»*. El cordero aparece de forma inesperada, después de que ha sido anunciada la victoria del león de Judá. El cambio inesperado de «león» a «cordero» es señal evidente de que Juan no está de acuerdo con el pensamiento judío de su tiempo, que seguía esperando una victoria del «león de Judá» sobre los enemigos del pueblo de Israel (es decir, el imperio romano). Con los signos de la muerte violenta de Cristo, pero también de su resurrección, Juan presenta en la figura del Cordero al verdadero vencedor; la victoria no se obtiene mediante la fuerza o el dominio de una nación sobre las otras («león»), sino mediante el don de sí mismo («cordero»). A diferencia de la tradición judía con respecto a la espera mesiánica, que nunca asocia el simbolismo del cordero al Mesías, el Mesías-Cordero del Apocalipsis no emplea ninguna forma de violencia ni de

---

<sup>12</sup> Juan explica que los siete ojos son símbolo de los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra, es la misma fecundidad de Dos que continua actuando en la creación para hacer que alcance su plenitud. Mientras que los siete cuernos expresan la plenitud de la fuerza divina, los siete ojos indican un mirar en gracia y poder.

<sup>13</sup> Cfr Gen 49,9; Is 11,1.10; la referencia veterotestamentaria remite a la bendición de Juda por parte de Jacob y a la victoria cosechada frente a sus enemigos /cfr, Gen 49,8-12), pero el autor reelabora el texto para indicar la figura del Mesías. Igualmente, la expresión “raíz de David” no se encuentra ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, solamente se halla en el libro del Apocalipsis (Ap 22,16) y remite a Is 11,1.10. El cambio introducido por Juan sirve para poner de relieve la idea de mesianismo; la raíz indica no los descendientes, sino los ascendientes de David; el Mesías no es la raíz engendrada por David, sino la raíz de la cual es engendrado David y al mismo tiempo pertenece a su descendencia (Ap 22,16)

imposición, la única arma que blande es el amor gratuito. De ese modo, la victoria duradera y definitiva de Dios sobre el mal no es más que el cumplimiento de la victoria decisiva del Cordero en la cruz.

### ***Los tiempos finales***

Si leemos el Apocalipsis dejándonos guiar por estas dos visiones «programáticas», podremos acceder a la riqueza de su mensaje y valorarlo correctamente. Con su escrito, Juan no pretende profetizar nada nuevo, ni quiere describir la historia como una concatenación de hechos cuyo desarrollo debemos esperar sino que, empleando el lenguaje de los símbolos, simplemente pone de relieve determinadas constantes que se repiten dentro de los acontecimientos históricos<sup>14</sup> con el fin de ayudar a la comunidad de los creyentes a comprender mejor la realidad histórica en que se vive, y a dar testimonio de adhesión a la palabra de Cristo.

En cuanto «revelación», el libro quiere afirmar que el Resucitado es el Señor de la historia, está presente y actúa en ella para llevar a término el plan de salvación (cfr. Mt 28,20). A pesar de las apariencias, la historia humana está animada por Dios, con el poder de vida que surge de la victoria de Cristo sobre la muerte. Dios no interviene en la historia determinando cada uno de los acontecimientos, o decidiendo de antemano de qué forma deberán suceder las cosas (como si fuera un guión preestablecido), sino potenciando al hombre con su espíritu, para que éste vaya tomando decisiones y opciones cada vez más en sintonía con su designio de vida (cfr. Ap 4,1-11; 21,5). La novedad que ofrece el Apocalipsis al presentar la revelación de Cristo y señalar el tiempo en el que viven las iglesias como el tiempo de la plenitud, es completada hacia el final de la obra en la declaración solemne que se escucha desde el trono de Dios: *«Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá más muerte, ni luto, ni llanto ni pena, porque el primer mundo ha desaparecido»* (Ap 21,4).

El libro no remite al final de los tiempos, porque nadie conoce cómo se desarrollarán los acontecimientos<sup>15</sup>, se concentra antes bien en el tiempo presente, aquél en el que la comunidad deberá dar testimonio de su fiel adhesión al designio del Padre. En vez del **«final de los tiempos»**, el autor del Apocalipsis muestra su interés por los **«tiempos del final»**, o sea, el presente de la Iglesia que vive en la etapa final de la historia de la humanidad, la etapa inaugurada por Cristo con su muerte y resurrección. No existe un orden nuevo que esperar, porque con la resurrección de Jesús el mal ha sido eliminado

<sup>14</sup> Por ejemplo, los “cuatro jinetes” de Ap 6,2-8 representan las dinámicas de vida y de muerte que se introducen en la historia.

<sup>15</sup> En el encuentro con el Resucitado, los discípulos sueñan con la restauración gloriosa de Israel, que habría de tener lugar al final de los tiempos: *«Señor, ¿vas a restablecer ya el reino de Israel? Pero él respondió: No os toca a vosotros saber los tiempos y las circunstancias que el Padre ha fijado con su autoridad...»* (Hch 1,6).

desde la raíz y han comenzado los tiempos últimos, los tiempos del cumplimiento.

A la luz del designio de salvación revelado por Cristo, el autor del Apocalipsis pretende centrar la atención de los creyentes en su presente y en el testimonio a favor del Reino en el tiempo de la plenitud, en el que se va realizando dicho designio.

Ricardo Pérez Márquez